

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º Izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
18 de Mayo de 1889.
NÚMERO 33.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

Y

RAMÓN DE CAMPOAMOR

El inspirado poeta de las *Doloras* y *Los pequeños poemas* acaba de jurar el cargo de senador y de enriquecer la literatura patria con una nueva joya literaria, su poema *¡Qué bueno es Dios!*

Los MADRILES aprecian en lo mucho que vale al antiguo *Jefe político*; pero prefieren al inimitable autor de *¡Quién supiera escribir!*

Y entre que asista á las sesiones de la Cámara ó se queda en casa escribiendo, preferimos lo último, y con nosotros, todos los amantes de las letras.

[Salud, maestro!]

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO Cómico



Esta semana ha sido la semana del silbato. Y no vayan á tomar esto por alusión ningún egregio hombre de Estado ni ninguna parcialidad política.

¡Librenos el Señor de caer en la tentación de meternos en terreno vedado!

Los silbatos ó pitos á que aludimos, son los célebres, los tradicionales pitos del Santo.

Esos canutos de vidrio profusamente adornados con flores de papel y hojas doradas, encanto de los paletos é indispensable adorno de la solapa en los chaquets de los horteras y estudiantes, más ó menos auténticos, que se solazan en la Pradera durante la romería del Patrón de Madrid.

Estos artefactos, con las rosquillas de la tía Javiera y los botijos de barro, constituye lo más notable de la fiesta popular.

No hay en ésta, como en otras fiestas y romerías, Casinos, pabellones, salones de baile y espectáculos públicos; pero abundan los merenderos, algún que otro *restaurant*, los caballitos del Tío Vivo, la Montaña Russa, los puestos de escabeche y las tabernas ambulantes.

Hay también algunos puestos en los que se venden figuritas del Santo, estatuillas de barro (que son verdaderas herejías en todos



conceptos), y que, con el pomposo nombre de imágenes, son pregonados á voz en cuello por aquellos Susillos y Benlliures de infima categoría.

A pesar de ser tan escasos los atractivos de la romería, la concurrencia y la animación son extraordinarias, y el mejor aliciente de la celebrada fiesta.

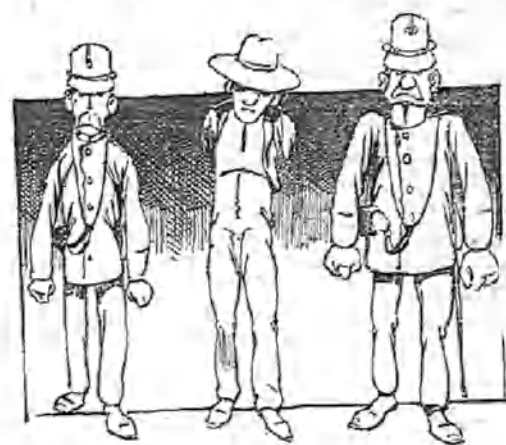
Centenares de ciegos pululan por la Pradera rasgueando sus mal templados guitarrillos, y en cada corro donde se merienda alegremente concluye la colación por accidentado y pintoresco baile, donde, al compás de picante seguidilla, se zarandean los salerosos cuerpos de las barbianas de buen trapío, confundidas con las esbeltas cinturas de las niñas anémicas y descoloridas de la clase de *cursis*, alternando la chaqueta corta y el sombrero ancho del aprendiz de banderillero, con el chaquet pasado de moda del dependiente de la calle de Postas ó la plaza de Santa Cruz.

Con frecuencia la pareja de Orden público conduce á la prevención algún chulo camorrista ó señorito borracho; y de vez en cuando ingresa en la Casa de Socorro algún herido ó contuso, víctima de la *culebra* que suele armarse como fin y coronamiento digno á la expansiva *juerga*.



cartucho de perdigones.

En honor de la verdad, estos *timos* van siendo raros; no por



los esfuerzos y sagacidad de la policía, sino porque hay *paletito* que da *quince* y raya al más afamado prestidigitador callejero, y huele á cien leguas al ratero que trata de escamotearle los cuartos del cinto.

¡Bendigamos los adelantos de la civilización, y congratulémonos por la cultura progresiva de estos bienaventurados rurales!

Contingencias plausibles de la peregrinación al santuario del festejado San Isidro suelen ser una larga serie de bodas, terminando muchas veces el conocimiento hecho junto á la fuente de la ermita, en el vetusto caserón de la calle de la Pasa, donde tiene sus *reales* la Vicaría eclesiástica.

¿Que alguno de estos matrimonios terminan en divorcio? Indudablemente. Pero no hay que culpar de este desastre conyugal al Santo, pues todos los autores están conformes en que fué modelo de buenos casados, y que siempre se *llevó* muy bien con su consorte, la bienaventurada Santa María de la Cabeza.

Y deseando que este año, como todos, el travieso Cupido haga muchas víctimas entre los devotos del Patrón de Madrid, y que terminen en el altar de Himeneo las *buenas relaciones* comenzadas en la alegre *fira* de la Pradera clásica, me despido de todos los romeros con las palabras del ángel:

¡Me alegraré que se hayan ustedes divertido!

E. NAVARRO GONZALEZ



MADRILEÑERÍAS

—Incertio de mi vida, ¿la culuro á usted?
—Muchas gracias; voy bien así.
—No la creo.
Pues como si fuera, vaya.
—¿Teñida, qué demonio de hombre!
—Pero, hija de mis entrañas, no me gusto usted ese genio porque me da mucha lástima que se vaya usted mojando teniendo yo aquí un paraguas tan hermoso.
—¿De veritas?
—Por estas cruces.
—¿Qué guasa!
—¿Es usted muy estúpido?
—Puede!

—Sí, señor.
—Y usted muy guapa.
—Eso sí, y además tengo dos manitas muy serviciales pa quitarme los moscones cuando me molestan.
—¡Vaya!
Pues solamente por eso, casi estoy por molestarla.
—Hombre, váyase usted al limbo con los demás papanatas y no se pegue usted tanto ni me ponga usted el paraguas, que tengo yo quien me cubra siempre que me dé la gana.
—¡Ole! ¿Y quién es él?
—Un hombre; pero con muchísima gracia.

por todo su cuerpo. Está dicho.
—¿Sí? Pues mal rayo le parta.
—El sí que le va á partir á usted, si lo ve.
—¿Caramba!
Será una fiero, de hijo.
—No, señor; es una malva, pero tiene muy bien puestos los pantalones, y basta.
En fin, si quiere usted ver de por sí, como las gasta, pase usted por la taberna del Chapito, que es su casa, y él le dará de mi parte algo que no se le olvida.
—Entonces voy á ir á verlo mañana por la mañana.
—¡Qué!

—Lo mismo que la luz.
—Pues mire usted; no hace falta porque allí está, casualmente, esperando que yo salga del obrador, pa irnos juntos adonde á él le dé la gana.
—¿Es el de la estaca?
—El mismo.
—¿Ahí? ¿Conque es el de la estaca? Entonces la deje á usted, querida, porque me carga tener broncas en la calle con gente de mala fe.
—¡Claro está! como es usted de la *hija lig*, se rebaja...
—Justamente. Adios, hermosa.
—Vaya usted con Dios, *Judama*.
J. LOPEZ SILVA.

LA PETACA

I

Están de moda ahora unas petacas de plata que tienen esmaltadas lindas figuritas, por lo general de mujeres pintadas muy al desnudo.

Lesmes compró una, y muy satisfecho de su compra, fué entusiasmado á enseñársela á su mujer, la cual le dijo, al ver aquella figura un tanto deshonesto, que no le parecía bien que una persona seria y formal, como él era, usara aquella alhaja, propia sólo para estudiantes calaveras y despreocupados.

Dispuso primero el reproche de su mujer; pero luego pensó que había sido justo, y sintió de todas veras haberle merecido.

II

—No lo puedo remediar, decía Lesmes á su amigo Amadeo; soy un hombre sumamente celoso. Yo sé que hago mal, muy mal; que canso con mis celos á mi pobrecita Aurora, que es la esposa más fiel y más amante del mundo; pero, chico, los celos son, después de todo, la salsa del amor. ¿Dónde hay un gusto igual al de preparar á su mujer una celada y ver luego que no cae en ella? Créete que los celos me han proporcionado muy buenos ratos. He escrito á Aurora varias cartas de declaración con firmas de jóvenes guapos, ricos y elegantes, y he tenido la satisfacción de que ella me las leyera luego, burlándose de los supuestos adoradores. Otras veces he fingido tener queridas para ver si ella intentaba tomar las represalias, y nada; Aurora siempre fidelísima y resignada. Hoy la preparo un lazo del que espero salir triunfante, como de todas las pruebas que vengo haciendo hasta aquí. Figúrate que la he dicho que voy esta noche á Aranjuez á firmar la escritura de venta de una finca de recreo que pienso regalarle... Pues no voy, y á cosa de las diez de la noche, hora en que ella gusta de tomar el fresco en el jardinito de nuestro hotel, entro por la puerta de la caballeriza, que dejaré abierta al efecto, voy adonde está Aurora que, como estas noches son oscuras, no podrá conocerme, la abrazo y tengo el gusto de ver cómo ella protesta de semejante atrevimiento, dándome así una nueva prueba de su fidelidad nunca desmentida.

—Hombre! le contestó Amadeo, me parece que esa conducta es imprudente y ocasionada á algún resultado desagradable.

—¿Qué, hombre! Ella toma á broma estas cosas; sabe que son hijas de mi cariño, y me las perdona de muy buena voluntad.

—Y si un día no resultaran las cosas á medida de tu deseo? —Entonces... No quiero ni pensarlo. Por fortuna, ella me avisa de los peligros que pudiéramos correr. Por cierto que es en este punto sumamente escamona, y á veces piensa lo que no hay. Figúrate que me ha dicho que tenía que anduvieras tú, mi mejor amigo, un tantico enamorado de ella.

Amadeo se puso como un tomate, y no supo qué contestar.

—No te alarmes, continuó Lesmes, que nada hay más lejos de mi imaginación que pensar que á ti se te ocurran semejantes ideas. Tengo completa fe en ti, y no atribuyo los temores de mi mujer más que á exceso del cariño que me tiene.

III

Aurora había oído, oculta entre unas cortinas, la conversación de su marido con Amadeo, y dispuesta á dejarse engañar por Lesmes, le preparó con gran prisa una maletilla de mano, y le advirtió varias veces que la hora se acercaba y que debía marcharse para no perder el tren.

Reíase él para sus adentros, y ella más, creyendo ambos que

iban á engañarse mutuamente y prometiéndose reír mucho después con los comentarios de la extraña aventura.

IV

A cosa de las nueve de aquella noche, que era oscura como boca de lobo, estaba Aurora en su jardinito impaciente por ver llegar á Lesmes, y riendo del chasco que iba á llevarse viendo que su mujer se dejaba abrazar por un hombre que ella no podía imaginar que fuera su marido.

La puerta de la caballeriza estaba, en efecto, entreabierta. Dieron las diez, apareció una sombra, que, yendo hacia Aurora, la abrazó entusiasmado, sin que ella opusiera la más leve resistencia.

Poco después la sombra volvía á salir por donde había entrado.

V

A pesar del mucho cariño que Lesmes profesaba á su mujer, hacía algún tiempo que deseaba serle infiel, porque había una modistilla en el taller de enfrente de su casa, que le tenía vuelto el juicio. Y quiso el demonio que la noche del fingido viaje á Aranjuez, encontrase á su ídolo en la calle, y que la modistista estuviera más complaciente que solía, hasta el punto de hacer olvidar á su adorador el chasco que preparaba á su mujer. Con lo cual le vino de molde el fingido viaje; pretexto que le permitió pasar aquella noche dedicado á su amor de contrabando, de todo lo cual se había enterado Amadeo oportunamente.

VI

A la siguiente mañana se sentaron á almorzar Aurora y Lesmes. Ambos estaban sonrientes; pero sobre todo ella, que no cesaba de mirarle de una manera maliciosa. Tanto que, notándolo él, le preguntó:

—¿Por qué me miras así?

—Es que estoy pensando, dijo ella, lo bien que habrás pasado la noche en Aranjuez.

—No la he pasado mal, dijo él un tantico ruborizado.

—¡Pillo! continuó ella, dándole un pelizco cariñoso, pero fuerte. Lo sé todo.

—¿Lo sabes todo? ¿Y qué es lo que sabes?

—Lo que hiciste anoche.

—¿Qué hice?

—Estuviste con una mujer.

—¡Perdón! dijo él echándose á las plantas de su esposa.

—Levántate; estás perdonado. Y si quieres que te diga la verdad, aunque no debe repetirse lo de anoche, no me ha importado gran cosa.

—¡No!

—Pero te agradeceré que no se repita.

—Ya que eres tan buena conmigo, te confieso que hice mal; pero te prometo al mismo tiempo que no he de volverlo á hacer.

Se abrazaron cordialmente, y continuó la conversación como si tal cosa.

—Pero, vamos á ver, dijo él volviendo al asunto: ¿cómo has sabido lo de anoche?

Ella, guardándose muy bien de declarar que había oído la conversación de su marido y Amadeo, le dijo:

—Te he descubierto porque se te cayó esta petaca en el jardín, y la he recogido esta mañana.

Y sacó la petaca de la figurita pintada al fresco.

—No comprendo, dijo él. Esa petaca, como vi que te disgustaba que yo la tuviera, se la regalé á Amadeo el otro día.

Al oír esto, Aurora cayó desmayada.

No sabemos cómo le habrá explicado este desmayo á su marido.

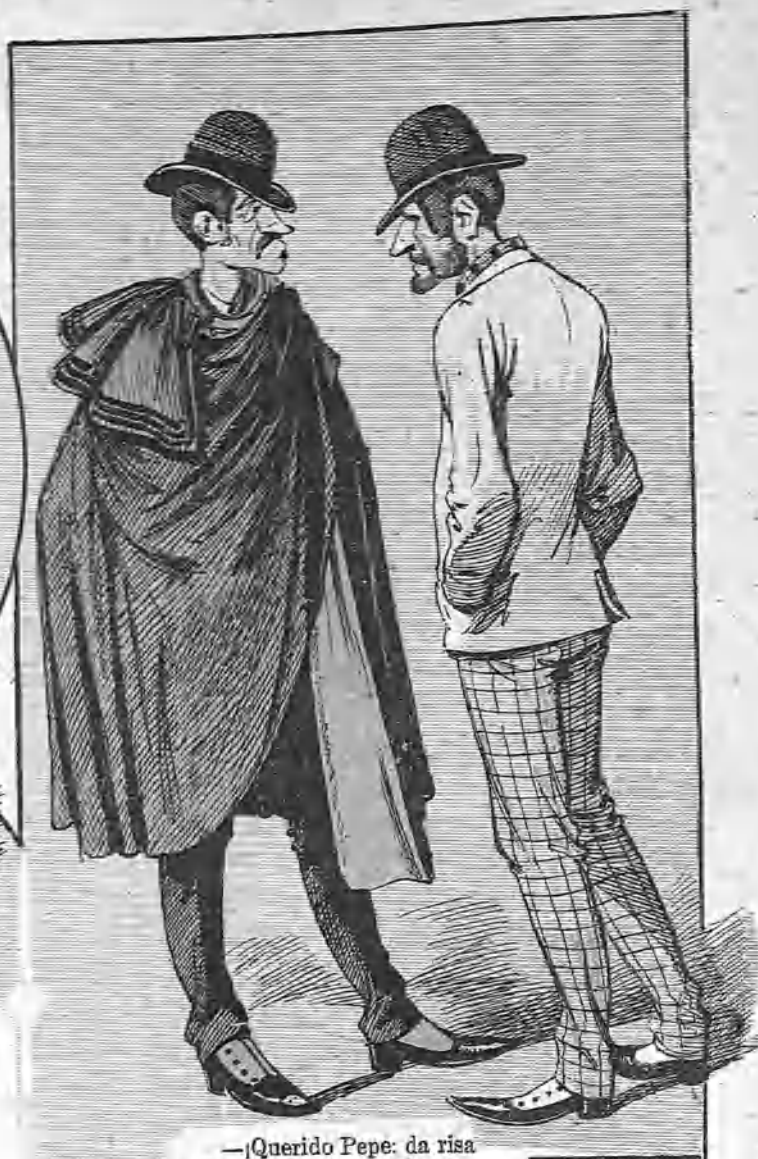
José ESTREMEBA



DE PRIMAVERA



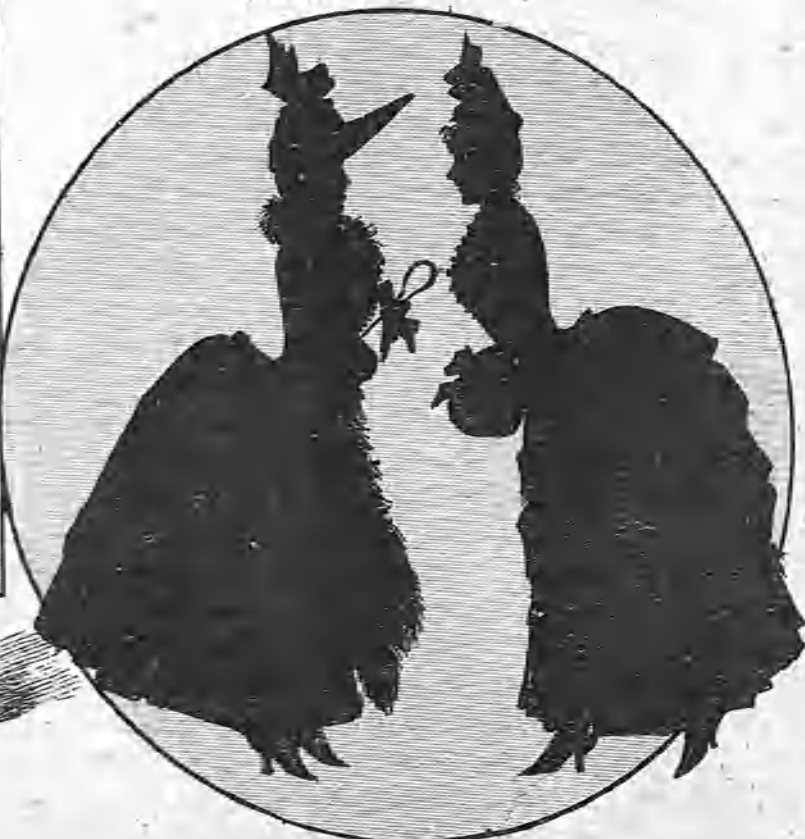
—Pero, señor de Mustieles!
¿aún con el gabán de pieles?...



—¡Querido Pepe: da risa
verte en Mayo con la capa!
—Es que no llevo camisa
y como el embozo tapa...



—¡Quita allá! Para el año
me gusta más el invierno
veinte veces, que el verano.



—¿Has visto á la de Gamboa?
¡Qué cursi y qué mal vestida!
—¡Pues, puedes hablar, querida!
¿cuándo te quitas el boa?

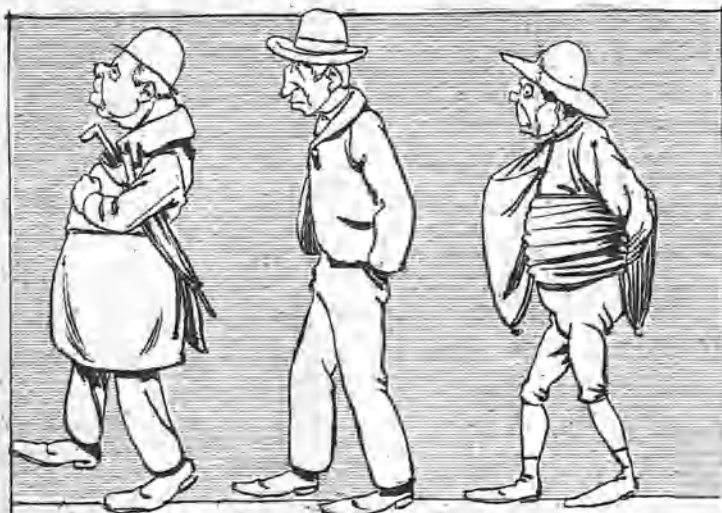
EN EL SANTO



—Mía, Desidora, en cuanto que vuelvas á mirar con ojos encandiláos á un señorito, te doy media gruzia de palos como pa ti sola. Ya sabes que soy más celoso que... ¡no sé que me diga!



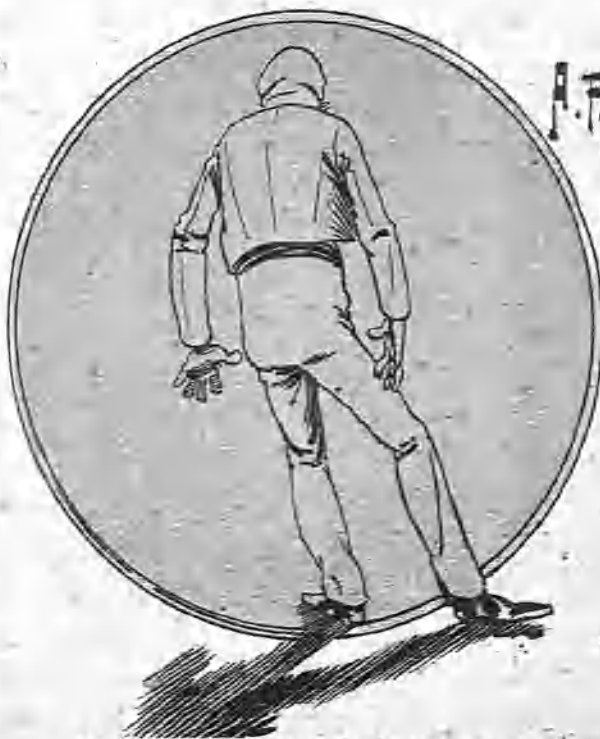
Una que va al Santo sólo á buscar un buen pito.



El Ayuntamiento de Villabotija, camino del Santo.



El idem de idem, de vuelta del idem.



—Vamos... que lo que es la de este año, ¡que no, hombre! ¡que no tiene nada que envidiar á las de los otros años!

Á MISA.



UNA persona!

Envieta la morena cara entre las ricas blondas de la mantilla, armada del lujoso devocionario, y menejando con gracia el abanico, corre presurosa á la vecina iglesia, donde las campanas, dando el tercer toque, anuncian, á rezagadas y perezosas que va á comenzar en breve el santo sacrificio de la misa. Y Elena llega á las puertas del templo, sube rápidamente las gradas; su mano, fina y elegante, alza el pesado portier, va á entrar, cuando un joven alto, delgado y no mal parecido que sale de la iglesia al mismo tiempo, se encuentra con ella, la mira, y ambos se sonríen, quedando unos segundos en muda y extática contemplación.

Y en seguida, sin hablarse, sin hacerse ninguna señal de inteligencia, ambos abandonan la casa del Señor, y se dirigen rápidamente á la calle.

Ella va delante.
El joven la sigue á corta distancia.

Aquel café es uno de los más oscuros y menos concurridos de Madrid.

Sobre todo á aquella hora, las diez de la mañana, no se ve un parroquiano en el establecimiento.

La niña del devocionario y el joven devoto, sentados junto á un velador, departen en voz baja.

El diálogo es vivo y animado; y aunque sólo se percibe un confuso rumor, un murmullo no interrumpido, adviñanse en aquel dúo explosiones de ternura, frases tiernísimas, protestas ardientes, juramentos eternamente renovados.

El habla con pasión y gestícula con calor, ella escucha sonriente y ruborizada. Sus ojos, dulcemente entornados, húmedos y alegres, denuncian el placer interno con que oye las palabras del joven.

El tiene enfrente una copa de coñac, que apenas ha probado; ella un refresco de limón, que ya debe estar caliente, á juzgar por el rato que hace que fué servido, aunque es probable que no sirva para nada, pues la niña del devocionario no lo ha acercado siquiera á sus hermosos labios.

La sabrosa plática dura ya bastante cuando, de improviso, la niña, con un movimiento febril, consulta su precioso reloj, y exclama poniéndose rápidamente en pie:

—¡Jesús! Ya es tarde.

Un momento después, ambos salen precipitadamente del café.

La joven se dirige de nuevo á la iglesia, llega, entra apresuradamente, moja los afilados dedos en el agua bendita, y dirige su mirada ansiosa al altar mayor.

En aquel momento el celebrante bendice al pueblo, y murmura la frase sacramental: *Ite, missa est.*

—¿Lo ves? murmura la niña á media voz, dirigiéndose al joven, que se apoya sonriendo en un pilar. ¡Si nos descuidamos, me quedo sin misa!

De vuelta á casa, la mamá pregunta bondadosamente á la niña:

—Oye: ¿de qué color era hoy la casulla?

Y la devota, acordándose de la corbata de su novio, responde aturdidamente y sin pararse á reflexionar:

—Azul turquí, con rayas de oro viejo.

JACINTO ROLDÁN.

¿QUÉ COSAS!

¿Porque ¿qué es el *que*, según sus diferentes significaciones (pregunta ese asustadizo señor de la Plazuela)?
¡Díantre lo que vamos á aprender... y lo que va á subir el papel de la Bolsa con tan fausto acontecimiento!

¡Vaya si tiene *miga* la cosa!

¿Y esto no ha llamado la atención de las naciones extranjeras?

Parece mentira, máxime preguntándolo un señor que, por las trazas, debe ser académico de verdad... ó de plazuela; y, si no lo es, merecería serlo; porque el hombre á quien le ocurre semejante pregunta, debe haberse dado no pocas calabazadas contra los textos de una academia cualquiera; y es lastimoso que no sepa todavía emplear gramaticalmente la partícula *que*.

No me venga usted ahora con juramentos por la salud de Comelerán, ni la de otro *sui generis*: en letras de molde dice usted lo siguiente: «no deja de llamarme la atención eso de los adjetivos verbales y participios, *que*, quizá por la mala clasificación, empieza el uso á darles una significación ambigua y poco correcta.» Qué propiedad y qué corrección, ¿eh? ¡Demoures con el señor ése de la Plazuela! ¿Qué extraño es que Benot le tenga asustado?

Créame usted, señor Plazuela, que ese relativo *que*, que usted encaja entre participios y *quizá*, sienta tan bien como un par de arracadas en las cejas del cantor de Elisa. ¿No conoce usted las preposiciones? (dice *proposiciones*: ya supongo que será un error de Academia.) ¿No sabe qué casos rigen? Usted ha oído á algún Cañete hablar de ellas, así como de todas esas palabrotas verbales que usted nos *dispara*, y, después de tanta afluencia, viene á demostrarnos que la Academia tiene tanto de *entendida* como usted de *docto*, es decir, que ni uno ni otra se entienden. ¿Qué nos toca hacer á los demás? ¡Ave, Cheate!... ¡Cómo anda la rica lengua de Cervantes, y cómo la ladran los sabios preceptistas!

Sepa usted, pulquérrimo Plazuela, que el dativo (excepto en los pronombres euclíticos, afijos reflexivos ó recíprocos) jamás debe ir sin preposición: por eso debió usted decir: «no deja de llamarme la atención

eso de los adjetivos verbales y participios á que, quizá por la mala clasificación, etc., etc...» No se parezca usted á esos que escriben: *el día que sucedió eso...* y locuciones viciosas y deficientes por el estilo. ¿Para qué queremos entonces las preposiciones y los casos de declinación?

Á mi juicio, más importa saber construir que saber clasificar las partes de la oración según sus diferentes acepciones, máxime cuando la misma Academia anda tan torpe y á tuestas en esto último. Ya ve usted; la partícula *que*, según la Academia, es pronombre relativo ó conjunción; es decir, en las locuciones:

«¿Qué académicos!»

«¿Qué pensarán?»

«¿Quisiera saber lo que piensan,»

es pronombre relativo, y en la última, en que usted dice:

«¿Queréis que emita mi opinión,»

la partícula *que* es conjunción. Estoy de acuerdo con la Academia en los tres últimos ejemplos; pero no en el primero, puesto que no es pronombre la palabra que no se pone en lugar del nombre. Tampoco creo que anden en esto muy acertados los señores Bello y Gómez Salazar, que opinan que debe ser artículo ó adjetivo cuando no es pronombre; no es artículo, porque jamás sustantiva las partes de la oración ni determina el género ni el número; no es adjetivo, porque ni califica ni determina, y lo mis-



mo se junta con los sustantivos que con los adjetivos, como, por ejemplo: ¡Qué hombres! ¡Qué mujer! ¡Qué sabios! ¡Qué necias! donde se ve que la partícula *que*, denota cantidad ó comparación indeterminadas, á semejanza de *más, tan, cuan, como*, que en tales casos hacen las veces de adverbios. Ya ve usted, señor de la Plazuela, que ni la Academia, ni los más sabios preceptistas, ni usted, ni yo, sabemos por dónde nos andamos en eso de clasificar las partes de la oración.

No dejo por eso de conocer su gravísima importancia; pero que, volviendo á mi tema, creo más útil y necesario saber construir con propiedad, corrección y dependencia; porque, como dice Benot, se puede ser buen arquitecto sin conocer magistralmente los materiales de edificar. Y en la arquitectura de las Letras (1) *atardece* por ahí cada albañil á lo Menéndez Pelayo ó á lo Ortega Minilla, que dejaría enano al culteráneo cordobés, Góngora, si éste tuviese la fortuna ó la humorada de volver de *ultratumba* á esta nueva patria de Mecenas y Cicerones.

¡Qué de apodos y motes á las cosas! ¡Qué de tropos y frases

(1) No solicito patentes de invención, aunque me hagan ustedes creer que la frasecita es de gran mérito.

para decir que llueve ó nieva! Ni la Academia Española en eso de los pronombres!

Todavía no he podido saber si *atardecer* significa *al comenzar ó al terminar la tarde*; pero sea lo que fuere, opino, con Estrémura, que es una frase completamente inútil, innecesaria, puesto que *amanecer* y *anocheecer* determinan los dos crepúsculos del día. Y de prevalecer la frasecita ésa, no me nieguen ustedes ésta: *amediodiar ó amediocier*: escojan ustedes la que más les plazca, que por eso no hemos de reñir: aumentaremos el catálogo de los seis mil cien verbos. ¡Ah!... Se me olvidaba decir lo que significa; definiremosla del modo siguiente:

Amediodiar ó amediocier, verbo neutro defectivo: declinar la mañana, acto de llegar al mediodía; es decir, de once á doce, minutos más ó menos.

¡Qué les parece á ustedes?... ¡Mal?... Pues lo celebró mucho, porque á mí me parece lo mismo.

Y basta de gramática y diatribas, que no son más que escollos é inconvenientes para los que nos llamamos escritores... porque sí, y es de un efecto pésimo nombrar la sogá en casa del ahorcado. Conque... hasta más ver, ignoto señor de la Plazuela.

F. SALAZAR.

EL AMOR DE ELLAS (1)

Cuando viene el recuerdo á mi memoria de la heroína de esta triste historia, mi corazón se inunda de tristeza profunda.

¿Cómo ser insensible á los dolores de la triste María, yo que sólo he encontrado poesía mirando á las mujeres y á las flores?

Y María renne en la belleza de una mujer con gracia y con donaire; la hermosura impregnada de tristeza, de una flor que agostó el soplo del aire. Y si copia del sol fueron sus ojos, y su talle dió celos á una palma, y la grana envidió sus labios rojos, aún vale más su alma.

No hay otras dos mujeres en la tierra con la inocencia que su pecho encierra, y es tan cándida y pura, que, en materia de besos, solamente conoce el que en la mano, reverente le da, cuando confiesa, al señor cura.

LUIS ALCARAZ.

(1) Del poema que con este título acaba de ponerse á la venta.—*Biblioteca del Quijote*.—Una peseta.



EN LA IGLESIA

Levantada la frente, y con los ojos contemplando el cielo, escultórica, erguida, meditando, al expirar el sol, te vi en el templo.

Tus labios virginales tenían la ondulación de la sonrisa; y habías en tu rostro palidez de estatua. y en tu frente los pasos de una dicha...

Yo me quise acercar, y contemplé de lejos tu belleza; di un paso más, y te juzgué escultura: ¡creación de un hombre que soñó grandezas!!

—¡Fidias! dije muy quedo, y avancé decidido y sin temor... tus ojos descendieron á mirarme y, loco, al ver el cambio, dije: ¡Dios!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

PROPIO Y AJENO

Lo de todos los días. Una irregularidad. El distinguido literato Abdón de Paz publicó en *La Ilustración Española y Americana* una poesía titulada *En la Caleta de Málaga*. Esto era por el año 1886. Y ocurrió que hace pocos días, vió aquella su composición, mutilada y firmada por un señor J. Cabello García, en el periódico de Madrid *La Voz del Comercio*. Y el Sr. Paz, al ver aquello en la voz, comenzó á dar voces. En son de guerra, por supuesto. Como que sólo decía: *ladrones, vateros, guardias!* Y no acudió la guardia, pero acudió un caballero disculpándose, y afirmando que la susodicha composición la había tomado de un periódico catalán, *El Nuevo Intermedio*, ignorando la su-plantación de la firma. Y entonces Abdón de Paz siguió gritando, pero en catalán, y decía: *¡als lladres! ¡als lladres!* Pero ¡ay! *Vox clamantis in deserto*. Para estos delitos no hay Costalagos ni Muzas en la tierra. ¡Pues si los hubiera!...

Entre criadas: La del principal á la del segundo. —Si el ama no retira las palabras que me dijo anoche, no estoy ni un día más en esta casa. —¿Pues qué te dijo? —Que estaba despedida, y podía buscarme acomodo desde hoy.

—Caballerito, he sabido que enamora usted á mi hija. —Es verdad; la amo con locura. —Perfectamente. Pero como es usted un libertino, un seductor, hasta que sea usted un hombre digno, serio y formal, he decidido no darle á mi hija en matrimonio. —¡Pero si yo no tengo pretensiones de casarme! —¿Cómo! —¡No, señor; no soy tan exigente! —¿Conque casas á tu Carmen con el Sr. Capetillo? —¡Ya lo creo! ¡Un novio que tiene diez mil duros de renta! —Y ochenta y dos años, cuando tu hija no ha cumplido aún los dieciséis. —Y qué?... ¿Qué va ella perdiendo con ese matrimonio?... —En eso tienes razón. No puede perder nada.

Libros recibidos: *El alma y la tradición, Fábulas y cuentos*, por F. Salazar y Quintana. Matarredona, editor; precio, 1,50 pesetas. La circunstancia de ser el autor un querido compañero nuestro, nos impide elogiar este libro como se merece; cómprenlo ustedes, y nos darán las gracias.

Hojarasca. —Obras póstumas. Poesías de A. Nerón. Valladolid, 1883: precio, 2 pesetas.

Calabacines y calabazones, por un Hortelano papantus. Rosado, editor.





—¿A que te has venido sin el pito?

ANUNCIOS RECOMENDADOS

El Carnaval de Venecia.

Novedades de Paris, Londres y Viena.

Corbatas, puños, cuellos, bastones, abanicos y toda clase de objetos para regalos.

ANTONIO NAVARRO

18, Arenal, 18.

PEPA E^{ca}

Gotas de Coñac.

OBRA TÓNICO-FESTIVA

Un lujoso volumen en 4.º, con numerosas ilustraciones en color,

TRES PESETAS

LUIS DE ANSOREÑA

COSAS DE AYER

Poesía en dos cantos.

Precio: una peseta.

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores.

UNA PESETA

Carlos Fernández Shaw.

TARDES DE ABRIL Y MAYO

Un elegante volumen en 4.º con ilustraciones de Cuchy y cubierta *Japón*,

TRES PESETAS

JOSÉ VELARDE

TOROS Y CHIMBORAZOS

Libro de actualidad.

Precio: una peseta.

ALFONSO DAUDET

Tartarin en los Alpes.

Traducción de E. Blasco.

Edición de gran lujo, con 145 ilustraciones y cubierta al cromó,

CINCO PESETAS

JULIO DE LAS CUEVAS

El espejo del alma.

POEMA

Un volumen ilustrado, y cubierta en colores.

UNA PESETA

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantástica,

UNA PESETA

¡SÓLO PARA HOMBRES!

CUENTOS ILUSTRADOS

Se han publicado 12 tomos, que se venden sueltos á

UNA PESETA

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

LIBRERÍA Y PAPELERÍA

DE

FRANCISCO ARROYO

Sarandí, 236, MONTEVIDEO.

Agente en el Uruguay para la suscripción y venta de

Los Madriles.